

Prólogo

Extracto del *blog* de Kamel Nasir, 12 de septiembre

Ésta es una historia real.

Se la confío al ordenador, en el silencio de esta habitación, con la esperanza de que la memoria colectiva tenga pronto acceso a ella. Pero nunca nos rascamos una herida en el momento, sino que esperamos a que cicatrice. Para atrevernos a cuestionar el doloroso pasado debe transcurrir algún tiempo. Me he esforzado al máximo en mi relato.

He intentado ser lo más objetivo posible en la redacción de este testimonio. Esencialmente me he basado en documentos que se pueden consultar sin dificultad. Todo es verdad.

Ustedes que leen estas líneas aún no saben lo que les espera.

El impacto de la verdad desvelada. De cómo encajan esas cuestiones que les suscitaban recelo desde hace tiempo y que, de repente, cobran sentido.

Ojalá muchos de ustedes se hagan preguntas.

No olviden.

Y, sobre todo, únanse.

De lo contrario, ellos nos engullirán. Ya han empezado.

Ellos son poderosos. Feroces.

Yael no lo creía.

Thomas y ella pasaron al otro lado.

*La próxima vez, podría tocarle a uno de ustedes.
Porque todo puede cambiar en un instante.
A mis amigos les sucedió.
¿Quién será el próximo o la próxima?*

PRIMERA PARTE

EL MUNDO DE LAS SOMBRAS

1

Era jueves. Yael se relajaba en un baño caliente, la espuma crepitaba con timidez mientras sus manos atravesaban la superficie jabonosa para sostener la revista y el bolígrafo. La muchacha se había recogido el cabello rizado por encima de la nuca, formando un enjambre de serpentinas de color negro.

Por una vez, el test de *Cosmo* no era cursi del todo. ¡Aunque tampoco derrochaba inteligencia! «Haz el balance de tu momento personal en diez preguntas.» Todo un programa. Yael decidió contestar con franqueza rodeando las respuestas que correspondían a su situación.

1. En el amor, eres del tipo:
 - A. Soltera por mucho tiempo.
 - B. Adepta forzosa de las citas rápidas.
 - C. Partidaria de las relaciones que duran... ¡un tiempo!
 - D. Uno para el miércoles, otro para el sábado y un tercero para el domingo si es mono.
 - E. Casada y formal.

Yael dudó. Había tenido su época C y ahora estaba entre la A y la B: algún amante ocasional entre largos periodos de celibato.

«Vale la B.»

2. En lo profesional, te encuentras:
 - A. En prácticas, llena de interrogantes.
 - B. En paro o en casa.
 - C. Activa aburrida.
 - D. Estudiando, pero sabes lo que quieres.
 - E. Activa-pasiva.

Colocar «en paro» al lado de «en casa» decía mucho de algunas mentalidades supuestamente femeninas... La joven también se sorprendió de no ver la opción «activa realizada» en algún sitio. Esto iba cada vez mejor. En su caso, la respuesta no representaba ningún dilema: la C.

3. En cuanto a la apariencia física, te consideras:
 - A. Pregunta siguiente.
 - B. Bien, gracias, ¿por qué?
 - C. Dicen que soy encantadora.
 - D. Estupenda, ¡pero me cuesta!
 - E. Se vuelven a mi paso.

Yael levantó los ojos al techo. Pregunta idiota. Suspiró. La opción B le encajaba. Era modesta: según sus amigas, a los chicos les gustaba. La C podía ser realista, si no se sobreentendiera en la respuesta un «encantadora, pero fea» que no le agradaba. Venga, basta de falsa modestia: la D. Para eso hacía gimnasia y vigilaba la línea sin falta.

4. Para ti, el fin de semana significa:
 - A. Pasar horas delante de la televisión.
 - B. Lecturas y paseos.
 - C. Veladas tranquilas entre amigas.
 - D. *Disco fever, baby!*
 - E. Estar con mi chico bajo el edredón.

Yael marcó la A, la B y la C.

«Una solterona, ¿no?» La joven optó al final por la B, que era la que más se acercaba a sus costumbres. Deambular por París y devorar cómics constituían sus pasatiempos favoritos los días de descanso, ¡al igual que convertirse en la reina del mando a distancia los días de lluvia!

Miró por encima las siguientes preguntas, contó las letras y consultó el resumen que supuestamente la definía a la hora del balance:

«Eres una persona casera los fines de semana, no te encuentras realizada del todo en el trabajo y Cenicienta te parece una zorra por haber encontrado al Príncipe Azul. ¡Tranquila, no eres la única! ¡Es el mal de nuestra época! Y si quieres una buena noticia: ¡tiene cura! Con grandes dosis de veladas entre amigas y con salidas donde tendrás que automotivarte para asistir —esta vez de verdad—, porque en ellas te vas a oxigenar en todos los sentidos posibles del término... Reflexiona sobre tu trabajo y, si es tan frustrante, ¡busca uno nuevo! Dale a tu existencia el aliciente de perseguir EL trabajo que te conviene. No hay nada imposible, sólo tienes que quitarte de la cabeza algunas preocupaciones y perezas superfluas.

»En cuanto a ese ápice de animadversión que va en aumento hacia todo lo que te rodea: sociedad, política e, incluso, personas, tendrás que hacer un esfuerzo... Date una sesión de masaje con aceites esenciales, conoce a los voluntarios de Greenpeace y acude a una velada entre amigas para comentar el nuevo calendario de la selección nacional de rugby, ¡la convivencia tiene sus cosas buenas!»

Yael tiró la revista sobre la alfombrilla del baño.

Por enésima vez, se juró no volver a perder el tiempo con estas tonterías... A sus veintisiete años, ya era hora de que se tranquilizara de otro modo.

Entonces cogió la maquinilla de afeitar Bic que estaba en el borde de la bañera, se la pasó por las piernas y se incorporó. El vapor ocultaba su alta silueta, que no se reflejaba en el espejo del

lavabo. La joven frotó enérgicamente con la toalla y aparecieron sus hombros cuadrados, recuerdo de años de atletismo en su adolescencia; sus senos redondos y generosos, y su vientre, que empezaba a perder firmeza... Pinzó un poco de piel debajo del ombligo. «No es gran cosa aún, pero si no me cuido...»

Luego se miró a los ojos.

Unos ojos de color gris blanco. Casi demasiado claros. Una mirada de husky, como decía su madre. Un contraste sobrecogedor con su oscura cabellera. Algunas pecas en la cara —marcas para las caricias, le había susurrado su primer gran amor—. Una nariz muy fina y unos labios que detestaba. Demasiado grandes y demasiado gruesos. Los hombres la encontraban atractiva, era lo que su experiencia le decía. Pero esto no le gustaba. Nunca había aceptado la relación entre su sensualidad plástica y el deseo sexual que despertaba.

Delante de la oreja, le caía un mechón, ensortijado, flotante... Le pasaba cada vez que se recogía el pelo. Era como ella, la prolongación exterior de lo que había en su interior. Esta incapacidad para plegarse a lo que le imponían. Siempre intentaba liberarse de los vínculos, ya fueran del trabajo o de la vida sentimental, y, por supuesto, de la autoridad paterna cuando era más joven. Yael había conocido sucesivos colegios, internados... y fugas. Su madre, comprensiva, pero desbordada; su padre, autoritario... «Un historial casi corriente», se había dado cuenta al crecer. Ella, que se creía única en su especie, había constatado que su historia era muy común, como la del divorcio de sus padres, cinco años atrás. Su relación errática «*Je t'aime-moi non plus*» —te amo, yo tampoco—, sus enfrentamientos, sus reconciliaciones y, de nuevo, sus peleas. Y la propiedad del apartamento.

En lugar de vender la vivienda cuando se separaron, su padre propuso que cada uno se marchara por su lado con un acuerdo económico, y que dejaran el apartamento a su hija Yael.

Así todo el mundo estaba contento.

Excepto Yael, a quien no habían pedido opinión. A los veintidós años, se encontró sola de la noche a la mañana. En este gran apartamento.

Después su padre se empeñó en escribir la novela de su vida —de la que llevaba veinte años hablando— y se exilió para ello en el corazón de la Bretaña que adoraba. El manuscrito engrosaba a la misma velocidad que la sedimentación de los años. Por su parte, su madre había rehecho su vida con un restaurador del suroeste y fue feliz durante cinco años, hasta el pasado 13 de abril —cuatro meses atrás—, día funesto en que la pareja había perecido carbonizada en un accidente de tráfico. Era viernes, 13. Una velada entre amigos en la que había corrido el alcohol y demasiada velocidad para aquellas carreteras comarcales bordeadas de hayas: el vehículo se salió de una curva y se estrelló contra el tronco de un árbol. Yael se derrumbó. Se sumió en una depresión hasta que el tiempo, este remedio universal, curó poco a poco su alma. Su madre había sido toda su familia. La joven nunca se había sentido cerca de su padre y, en cuanto a sus abuelos, habían dejado este mundo después de llevar una vida discreta. De los dos hermanos de su madre, no tenía noticias. Uno vivía en Gran Bretaña y el otro en Marsella, pero no sabía qué había sido de ellos. La familia Mallan nunca había practicado el culto a la genealogía, sino más bien el silencio y el cada cual a lo suyo. El padre de Yael había perdido a su progenitor cuando contaba un año, durante la guerra. Con frecuencia se consideraba medio huérfano, y había sido educado por una madre tan taciturna y autoritaria que a su muerte no derramó ni una lágrima.

Yael sintió un escalofrío.

El agua mezclada con aceite perlaba su piel como si fuera un aderezo de nácar. La muchacha cogió una toalla y se la enrolló.

Después se puso el pantalón de chándal que solía llevar para estar en casa por la noche y una camiseta sin mangas.

Cuando iba a salir del cuarto de baño, su mano se posó en el interruptor.

Entonces se produjo el fenómeno.
En la periferia de su campo visual.
Un movimiento sutil.
Tan ligero que la muchacha pensó en un juego de sombras
con la puerta que se abría.
Y eso era: una sombra.
Que se movía *dentro* del espejo.
Luego la habitación volvió a las tinieblas.

2

El viernes era el día del Shoggoth.

Yael lo adoraba. Le iba muy bien el nombre. Recuerdo de una de las criaturas de las partidas de rol que la joven jugaba en el internado, el Shoggoth era un monstruo gelatinoso que tenía cientos de ojos distribuidos por todas partes. Igual que su cliente de los viernes: un hombre obeso, cubierto con una gabardina que adornaba con docenas de globos oculares prendidos del tejido impermeable.

Porque Yael vendía ojos.

Entre otras cosas.

Animales muertos también.

La muchacha trabajaba en Deslandes, la célebre tienda parisina de taxidermia que contaba con siglo y medio de antigüedad. Hacía dos años que se había colocado allí, un verano, para ganar algo de dinero. El oficio era original e interesante. Y este empleo provisional se había prolongado en el tiempo, embarcando a la muchacha en una orientación profesional muy alejada de su formación y sus títulos.

Su historial académico había sido complicado. Después de aprobar la selectividad con diecinueve años, la joven no sabía qué hacer y optó por estudiar letras modernas en la facultad. Tardó cuatro años en acabar una diplomatura y se marchó a... Estados Unidos para realizar un curso adicional. Sin pensárselo dos veces, después de leer un folleto, hizo lo imposible por aca-

bar su expediente de intercambio dentro del marco «La literatura y la expansión de las fronteras del lenguaje». Entonces, Yael vivió un año en Portland, Oregón. Fue un periodo ni bueno ni malo. La joven no se sintió cómoda allí y volvió cuando un asesino en serie hacía estragos en la ciudad y en la región, creando una psicosis contra los extranjeros que envenenaba el ambiente. Durante un año más, intentó realizar la licenciatura mientras desempeñaba pequeños trabajos: camarera por la noche o dependiente de tienda de ropa, hasta que una mañana de julio pasó por delante del escaparate de este extraño comercio. Un anuncio pegado con cinta adhesiva en el cristal indicaba que se buscaba a alguien para el verano... Y, dos años más tarde, aún estaba aquí. Sus veleidades de licenciatura habían desaparecido al mismo tiempo.

Se trataba de un trabajo muy variado.

Yael atendía a los clientes, les aconsejaba, clasificaba los pedidos de minerales o de insectos secos, o procedía a disecar mariposas, que se expedían por cajas enteras... Sin embargo, no se ocupaba de la taxidermia. De esto se encargaba su compañero, Lionel. Vaciar los perros de las clientas ancianas y rellenarlos de estopa no le atraía. Todos los jueves por la tarde, recibía el suministro de ojos de cristal que servían para sustituir los de los animales disecados. Cada par era único. Al proveedor le exigían que nunca fabricara un ojo idéntico a los anteriores.

Y cada viernes, desde hacía cuatro meses, el Shoggoth venía de forma sistemática para estudiar el abanico de miradas que Yael podía proponerle. Con ellas, el hombre se fabricaba joyas: les colocaba un prendedor y las añadía a la colección de su abrigo o las montaba sobre un anillo y se hacía sortijas que cubrían sus dedos hinchados.

El Shoggoth ladeaba la cabeza para examinar los globos de cristal, al tiempo que manifestaba una inapropiada ternura. Su nuca, cubierta de un pelo tieso y corto, se doblaba abriendo surcos en la grasa del cuello. El individuo rozaba los objetos de su

deseo con la yema del dedo índice, se humedecía los labios y, al final, movía la cabeza en señal de aprobación. Luego se marchaba con sus preciosas reliquias.

A pesar de su comportamiento y de su aspecto repulsivo, Yael había terminado por tomarle cierto afecto. Al menos, se trataba de una persona divertida e inofensiva, algo que no podía decirse de todos los clientes. La peor era la señora Cauchérine, una anciana gruñona que venía cada tres meses con un nuevo perro. Y siempre exigía que lo disecaran. La primera vez, Yael no había entendido bien sus pretensiones y se esforzó por explicarle que lo harían con sumo cuidado cuando el pobre animal hubiera muerto, que tenía que traerlo antes de que transcurrieran veinticuatro horas, y que durante este tiempo debía conservar el animal en el frigorífico, envuelto en un paño —era el procedimiento que siempre repetía sin creerse nunca que estas palabras salieran de su boca—. Sin embargo, la señora Cauchérine movió la cabeza irritada: ella pretendía que disecaran a su perro de inmediato. Lo había querido mucho, pero ahora le resultaba molesto porque ladraba demasiado. La anciana sólo deseaba vivir con su recuerdo, éste sería «suficiente a partir de entonces». Yael la acompañó hasta la puerta mientras insistía en que les pedía algo imposible y que no se podía separar de un animal de ese modo. Tres meses más tarde, la anciana estaba de nuevo delante del mostrador con un perro distinto, pero con la misma exigencia. Yael avisó a la policía, que se divirtió mucho con esta historia. Entonces, la Sociedad Protectora de Animales tomó el relevo. En vano, porque la señora Cauchérine venía tres o cuatro veces al año con un nuevo perro en cada ocasión y con la misma voluntad de matarlo para disecarlo. Altanera y despectiva, la anciana se parecía a Cruella de Vil, de los *101 dálmatas* de Walt Disney. Al final, Yael soñaba con un nuevo busto colgado de la pared, entre las cabezas de ciervos y de gamos: el de la señora Cauchérine.

Esta profesión tenía su dosis de rarezas, pero también de en-

cuentros conmovedores. En ocasiones, había que consolar a un cliente o a una clienta durante una hora. Para algunas personas, sobre todo de edad avanzada, perder a su perro o a su gato significaba perder al último compañero sentimental. Y venían a llorar a la tienda como si fuera el funeral de un pariente. Con el tiempo, Yael había aprendido a no juzgar a la gente que traía su mascota para que la disecaran. Algunos deseaban convertir su gato en una alfombra para continuar durmiendo con él, otros querían tener la cabeza de su caniche colgada del manto de la chimenea para continuar acariciándole entre las orejas. Detrás de la mayoría de estas peticiones tan particulares —«sinistras», había pensado Yael al principio—, se escondía un gran sufrimiento, una profunda añoranza.

La gente mandaba disecar al ser querido para no perderlo.

Mes tras mes, estos encuentros la habían incitado a quedarse. Si contemplaba todas estas vidas tan diferentes, tan singulares, le parecía que Deslandes era una especie de club que reunía a unos miembros a cual más original uno que otro.

El Shoggoth acababa de llegar, se inclinó para saludar a Yael y le preguntó de inmediato:

—¿Ha recibido nuevos?

Ella repetía la pregunta a la vez. Siempre la misma, para obtener la misma respuesta.

—Sí, como de costumbre.

La joven se inclinó para abrir uno de los armarios situados debajo del mostrador y alineó dos expositores de terciopelo ante aquel hombre grueso.

—Le dejo que mire tranquilo —añadió.

El individuo tragó saliva mientras se frotaba las manos y examinó todas esas pupilas que lo miraban. Sus propios ojos brillaban ávidos.

Yael le observaba apoyada contra los altos armarios que albergaban docenas y docenas de cajones largos y estrechos.

La sala donde se encontraba despedía una apacible serenidad.

La joven siempre se había preguntado por el origen de esta paz. ¿Se debía a la arquitectura del edificio —una antigua residencia particular de principios del siglo XVIII— o al silencio de todos estos animales extintos? Había una paradójica alquimia entre su estado y lo que emanaba de ellos. Estas pieles suaves, estos pelajes, estas cabezas serenas parecían magnificar la muerte. Demostrar que la Parca no podía destruirlo todo. Llevarse todo.

El Shoggoth movió frenético su pesada cabeza: ya se había decidido.

—Me llevaré estos dos. El azulado y el más grande.

Yael asintió, envolvió los ojos en papel de seda y metió en la caja registradora los euros que le tendía el hombre. El billete estaba húmedo. El Shoggoth tenía calor y sudaba.

Luego el cliente desapareció al fondo del largo pasillo, en dirección a la escalera que conducía a la planta baja.

La jornada transcurrió sin sobresaltos hasta la hora de cierre.

Yael se recogió el pelo sobre la nuca con una goma antes de salir al calor de este atardecer.

A ella le encantaba París en agosto. Sus calles de relieves plateados, afilados como puñales por la ausencia de aire y el bochorno del día. La joven se ajustó sus gafas negras para proteger unos ojos demasiado claros y bajó por la calle del Bac. Su alta silueta bailaba ondulante en el reflejo de los escaparates. No se cruzó con nadie. Ni siquiera con un coche. La ciudad entera estaba desierta.

Yael caminó hasta la plaza de Denfert-Rochereau, cerca de donde vivía. Un simulacro de tráfico se deslizaba perezoso por el asfalto reblandecido. En cinco minutos, llegó a la calle Dareau y empujó la pesada puerta cochera, atravesó el patio a lo largo del seto de arbustos plantados en voluminosas jardineras de madera y subió la escalera exterior que conducía a la planta, a su puerta.

El apartamento donde habían vivido sus padres varios años era único en su género. El resultado de los delirios arquitectónicos de un urbanista que trabajó para el ayuntamiento de París en la década de los ochenta. La joven entró en el vestíbulo, dejó su bolso de tela y se quitó las sandalias. Frente a la puerta, había un gran espejo.

El salón era la habitación central de la casa. Se trataba de una estancia de cincuenta metros cuadrados, con una altura hasta el techo de siete metros y una entreplanta que ocupaba dos de las paredes, comunicada mediante una escalera. Una parte de la entreplanta estaba habilitada como despacho. Espacioso y original, se extendía a lo largo de un amplio entrante y se encontraba a dos metros del suelo del salón. La otra parte la integraba el pasillo que rodeaba la habitación central y comunicaba los dormitorios de la planta. Arriba del todo, en el techo, dominando el conjunto, se abría un tragaluz que filtraba la claridad por unos ventanales imponentes. Pero la originalidad de este salón residía en su suelo: era de cristal.

Los exóticos muebles —sofá de motivos africanos, mesa con reminiscencias del Magreb y biombos orientales— descansaban sobre una inmensa placa de vidrio negro que contrastaba con la pintura beis de las paredes.

El sol penetraba por el techo y encendía las cálidas tapicerías de los sillones, así como las telas colgadas por todas partes. Curiosamente, los rayos dorados caían hasta el suelo sin romperse, *lo atravesaban*. Bajo la espesa capa de cristal oscuro, se adivinaba una prolongación subterránea: los muros se hundían varios metros, unos quince en total, cada vez más difusos a medida que se perdían en un espeso charco de tinieblas estancadas. Un abismo.

De forma mecánica, Yael accionó el interruptor.

Los focos empotrados en la piedra, diez metros por debajo de la placa de cristal, se despertaron. Al fondo, lejos de la superficie de la calle, una parcela de las entrañas de París se ofreció a la luz:

surgieron dos colectores de agua, uno enfrente del otro, sobre una cisterna conectada con las cloacas de la ciudad.

El arquitecto había querido desvelar una parte de estos subterráneos que drenaban los residuos de la vida ciudadana. Con esta finalidad, había practicado una incisión en la corteza protectora —disimuladora, repetía él— para dejar al descubierto esta compleja red. De este modo, el urbanista amputó un profundo cuadrado de esta piel gris para construir su casa encima. En tiempo de lluvia, se podía ver, entre transparencias, cómo los dos colectores vertían torrentes de espuma en la alberca que borbotaba.

Yael accionó el interruptor y la oscuridad del abismo se precipitó de nuevo hacia sus pies con más rapidez que un géiser bajo presión. La placa de vidrio se hizo más densa, hasta perder su transparencia.

Cuando la muchacha tenía visita, este fenómeno provocaba cierto malestar en la mayoría de los invitados por el vértigo de la caída y el miedo de divisar este paisaje infernal. Bien al contrario, para Yael era una fuente de contemplación, su fuego de chimenea particular.

La joven se podía pasar horas sin hacer nada, observando el movimiento de las aguas que chocaban en la penumbra.

Eran las ocho pasadas.

Un maullido de reprobación escapó de repente del atillo. Un gato callejero, negro, leonado y marrón, bajó los escalones con los pelos de la cara revueltos.

—*Kardec*... —murmuró la muchacha—. Tranquilo, ya estoy en casa.

El gato se precipitó contra sus tobillos para frotarse entre ronroneos. Su nombre revelaba una pasión adolescente de Yael: el esoterismo. La joven había tenido su periodo mágico, durante el cual había visto películas de brujas, se había comprado libros de magia y había organizado reuniones con otras chicas para intentar hablar con los muertos alrededor de una mesa. El gato

tenía un importante simbolismo en las diferentes mitologías y ella lo había bautizado en homenaje al padre del espiritismo: Allan Kardec.

—Ya lo sé, yo también te he echado de menos —dijo mientras se inclinaba para acariciarlo.

Yael acababa de recuperar al animal después de dejarlo dos semanas en casa de una vecina, mientras había estado de vacaciones en Rodas.

Pasó bajo el arco que separaba el gran salón de la cocina y descendió unos escalones que conducían a un nivel ligeramente inferior. Las tres ventanas estaban saturadas de una luz que teñía el esmalte y los azulejos de vivos colores. Yael se sirvió un gran vaso de zumo de tomate frío, volvió sobre sus pasos y se sentó cómodamente en un mullido sillón.

Kardec se subió enseguida a sus muslos para tenderse en ellos. Sus ojos se entrecerraron de felicidad.

Yael bebió varios tragos antes de ver la luz roja del contestador. Entonces alargó el brazo para poner el aparato en marcha.

«*Un mensaje* —anunció una voz digital—. *Diecisiete horas veinte minutos. Hello*, preciosa, soy Tiphaine. Oye, lo siento mucho, pero no puedo quedar esta noche. Pat me ha propuesto pasar un fin de semana largo en un Relais & Château... Te pido mil disculpas, haremos una salida de chicas en cuanto regrese. Besos. Ah, y eh..., sal de todas maneras, no te quedes en casa como una apestada. Estamos en agosto, hace calor, hay montones de turistas guapos por las calles, ¡es excitante! ¡Vamos! ¡Aprovéchalo! Otro beso. *Fin de sus mensajes.*»

Yael suspiró mientras se arrellanaba en el sillón.

Luego deslizó una mano entre las orejas del gato.

—Se fastidió la juerga del viernes —soltó decepcionada—. Esto te viene muy bien, ¿eh? Significa una velada de caricias y mimos delante de la tele, tu deporte favorito.

El teléfono empezó a sonar.

Yael descolgó.

—¿Sí?

Ningún sonido.

—¿Dígame? —insistió—. No oigo nada.

Esperó unos segundos pensando que se trataba de un móvil mal conectado. Enseguida oyó un chasquido.

Seco y musical.

Como un cristal que se parte.

—¿Dígame?

El chasquido se repitió, se prolongó. «Exactamente como un vidrio o un cristal que se rompe», pensó Yael.

Luego un clic indicó la interrupción de la comunicación: habían colgado. Ella hizo lo mismo, un poco sorprendida. Esperó un momento para comprobar que no intentaban llamarla de nuevo, pero el apartamento permaneció en silencio.

Ni siquiera *Kardec* ronroneaba.

Sentada en mitad del salón, bebió despacio el resto del zumo de tomate mientras se preguntaba lo que haría esa noche. Empezó por sondear su ánimo.

Quería ver gente. Divertirse. Tiphaine tenía razón, debía salir, aprovechar el momento.

En un instante, se decidió. Bastaba con que fuera al Violon Dingue, un sitio que conocía en la calle Montagne-Sainte-Genève, guarida de todos los anglosajones que estaban de paso por París. Podría tomar unas copas, charlar en inglés y despejarse un poco.

Yael empujó al gato con suavidad, subió al piso superior y dejó correr el agua de la ducha.

Abajo, *Kardec* se sentó en el reposabrazos del sillón y levantó la cabeza hacia la entreplanta.

En el silencio del vestíbulo, el gran espejo reflejaba la imagen de una puerta de entrada y de un armario situado al lado de una percha.

Todo estaba tranquilo en ese hermoso atardecer del mes de agosto.

Entonces, muy despacio, una sombra emergió del espejo y oscureció la superficie.

El gato dio un salto y trepó a la planta superior corriendo.

En el espejo, la sombra se quedó inmóvil, sin hacer ruido.

A continuación, como si le hubieran quitado un velo negro, el espejo reflejó de nuevo el apacible decorado en la luz de la tarde.